

LOS IMPERIOS TAMBIEN TIENEN ESPALDA

La azafata norteamericana se ha comportado con una eficacia fordista o taylorista, como ustedes quieran. Por la ventanilla, uno cree asistir a los prolegómenos de una película de intriga sobre el San Francisco nocturno. Pero no es una película. O quizá sí. Quizá todo fue como una película, en la que mágicamente hubiéramos podido poner pie. La línea luminosa del Golden Gate. Ninguna duda sobre el Golden Gate. ¿Quién puede desconocer la silueta del Golden Gate? La azafata nos ha rellenado de whisky, bocadillos y vino francés desde la escala en Pittsburg, y ahora quiere despedirse de nosotros de alguna manera. ¿Cómo nos ve? ¿Qué piensa de este vagón aéreo lleno de españoles en la ruta de California? Tal vez quiso resumir sus creencias sobre nosotros en un último servicio. O tal fue un «tic» turístico que llevaba prendido en los labios desde que tuvo un lígüe en Madrid con algún funcionario. La azafata se despide de nosotros. Reza la oración de todas las líneas aéreas de este mundo, y finalmente, como dándonos señal de que está en el secreto del asunto, levanta la voz para gritar: «¡Arriba España!».

Bing Crosby, Bing Crosby

No repuestos aún de la sorpresa, nos metimos en la rápida maquinaria de recepción y clasificación de los aeropuertos norteamericanos. No recuperamos el equipaje, el equipaje nos recuperó a nosotros. Y casi sin transición el autocar que nos llevaría al hotel. El chófer del autocar empuña el micrófono y empieza a cantar las excelencias de Barcelona. Parte de la expedición es madrileña y hay alguna protesta amable. El chófer ni se inmuta. Canta las excelencias de Madrid. Y a continuación, las de San Francisco. Pero esta vez sí cantó. Es decir, se puso a cantar una canción melódica sobre San Francisco. Y no la cantaba como usted o como yo cantamos «Desde Santurce a Bilbao» o el «Himno de Riego» en las horas achispadas: la cantaba como un aspirante bien clasificado en el concurso «La gran ocasión». Con una educada respiración y modulación muy influida por Bing Crosby. ¿Realidad? ¿Película? ¿Estábamos asistiendo como comparsas y protagonistas a una película turística sobre San Francisco? El paisaje, tejido por las luces, las autopistas, los rótulos, las veinte y pico colinas sobre las que trepa la ciudad, parecía abonar la tesis de la película, con el arrullo musical de un Bing Crosby venido a menos. Pero luego se nota la consistencia del suelo. Se ha de firmar, presentar, recibir credenciales. No. No hay duda, estamos en San Francisco y el decorado está a la altura del argumento de este viaje de placer. En el aeropuerto nos esperaba Rubert de Ventós, profesor en Berkeley. También López Vázquez, que estaba por aquí oscarizándose y esperaba la llegada de su esposa. Berlanga pone cara de devolver la visita a mister Marshall. A Guillermo Luis Díaz-Plaja sólo le falta el yelmo para parecer un conquistador español sorprendido de lo mucho que se han desarrollado las misiones de fray Junípero Serra desde la última vez que las vio. Como ha venido en un autocar distinto, le cuento lo de Bing Crosby. —A esto yo la llamaría la socialización del «public relations». Es su respuesta.

M. VAZQUEZ MONTALBAN



LOS IMPERIOS TAMBIEN TIENEN ESPALDA

Una maravilla de camuflaje

Según Harry Magdoff, uno de los pocos norteamericanos enterados de qué país está practicando el imperialismo cósmico, los Estados Unidos mantienen más de un millón y medio de americanos uniformados allende los mares, en un total de 119 países. La fuerza militar de los Estados Unidos en el exterior, aparte de lo que conserva en Vietnam, se extiende sobre 429 bases militares mayores y 2.972 bases menores. Estas bases ocupan 4.000 millas cuadradas en 30 países extranjeros.

Pues bien, buena parte de la estrategia cósmica de Estados Unidos se plantea sobre el pivote californiano. Aquí está la base del armamento bioquímico, de la investigación balística, del adiestramiento de las fuerzas de Infantería de Marina, la retaguardia del patrullaje norteamericano por el Pacífico.

Pero los turistas que se pasean por la piel de California jamás lo advertirán. De vez en cuando llegarán ante un prohibido el paso en un acceso a zonas militares o encontrarán millas y millas de desierto alambrado en la ruta entre Los Angeles y Las Vegas. Pero lo demás es un camuflaje perfecto de geografía dorada, luz blanca, vegetación mixta de abeto y naranjo, cultura testataria, la maravilla urbanística de San Francisco o los islotes de paz intelectual y artística de Sausalito o las zonas altas de Berkeley. Uno podrá vivir días y días en California sin ver la cara del imperialismo: ni la económica, ni la política, ni la militar, encantado en los laberintos que le llevan desde los centollos de Alioto en el barrio de pescadores de San Francisco hasta el barrio residencial de artistas e intelectuales de Sausalito o con el encanto peatón de una ciudad construida sobre montañas rusas y en la que cada encrucijada de calles ofrece distinta perspectiva de sus fondos blancos, rosas suaves, azules en el definitivo fondo del mar rayado por los garabatos «buffetistas» de los puentes.

San Francisco es una ciudad para vivirla y callejearla. Y se puede hacer impunemente salvo por la noche y aun en zonas muy delimitadas, como por ejemplo las amplias aceras de Market Street, llenas de pediguños, no siempre intranquilizadores. La ciudad conserva como su más antigua seña de identidad la misión franciscana de Dolores, fundada por fray Junípero Serra en 1776. La misión, el tranvía que sube las rampas de Powell Street, los centollos que se venden en chiringuitos callejeros de Fisherman's Wharf, el barrio de la generación «beat» en torno a Columbus Avenue, los puentes del Golden Gate y de Oakland, la isla de



La publicidad impregna todo el sistema de vida americano. La moda cultural del momento es el consumo de productos «naturales» frente al terror de la polución, la contaminación y las adulteraciones. La publicidad interrumpe los telefilms cada cinco minutos. La publicidad ha creado en gran parte la imagen que América tiene de sí misma.

Alcatraz, Berkeley, Sausalito, los parques del Golden Gate o el del Zoo, una librería realizada por Frank Lloyd Wright, la base de Presidio, el bosque de secuoyas que respalda a Sausalito, el barrio chino, Broadway... estas son las atracciones de San Francisco y su inmediato entorno que piden pies y ganas.

Pero San Francisco tiene una atracción intangible, algo que se respira en su ambiente de ciudad casi libre, situada a la espalda del imperio y que precisamente por ello ha podido poner en marcha una retaguardia crítica, una cultura crítica que desde los tiempos de la generación «beat» se opone a la imagen que los norteamericanos tienen de sí mismos. Y no deja de ser contradictorio que sea precisamente San Francisco la cuna de esa contraimagen, porque la ciudad ha sido una de las más mimadas por los fabricantes de mitos USA, y usted o yo la conocíamos entrañablemente sólo de verla en las películas como marco para argumentos de intriga, acción, amor o final feliz para los viajes desesperados de quienes llegaban del Este.

Una es la imagen creada por el cine, otra la imagen que el gobernador Reagan debe tener de su feudo y otra la que han construido los «hippies» y los radicales de Berkeley. San Francisco posiblemente vea el resultado sintetizado de esas imágenes, con el importante soporte del criterio de la inmensa mayoría de peatones. Esa inmensa mayoría piensa que el clima es agradable, que hay menos polución atmosférica que en Los Angeles y que han de trucar la suspensión de sus coches paquebotos para impedir continuos golpes contra las ondulaciones de las calles de Frisco. Por lo demás, creen en Dios en una aplastante mayoría y en Reagan y Nixon, también en evidente mayoría. Las minorías en este país son importantes, incluso cuantitativamente, pero no por ello dejan de ser minorías. Y las mayorías casi siempre ganan.

A veces pierden la batalla mitológica. Los turistas que llegan a Frisco tienen un conocimiento de la ciudad gracias a las películas y a la mitología «hippy» comercializada por los «mass-media». Esa mitología hay que ir a buscarla en las reservas casi indias donde languidece el movimiento «hippy»; a Berkeley, por ejemplo (María José Ragué ya les contó cómo están las cosas), en donde el signo que más se me grabó fue un viejo ataúd en el centro del otro tiempo famoso y vital Parque del Pueblo, amenazado ahora por el apetito de las inmobiliarias y las constructoras.

Podemos recibir un ramalazo de San Francisco juvenil en el Orphanage, un lugar donde se oye excelente música «pop», la toque quien la toque. Porque el mundo



San Francisco, una ciudad llena de juguetes para la imaginación popularizados por el cine. Una ciudad casi amable, casi confiada, situada en la espalda del imperio.

«underground» de la ciudad es como una permanente reserva de fugitivos con sensibilidad que a veces salen a la superficie con sus heridas y distancias convertidas en comunicación, es decir, en música. Y también podemos asistir a la parodia de la juventud del pasado en Winterland, algo así como el Gran Price de Barcelona o Madrid, lleno de miles de jóvenes que contemplan las acciones de cantantes disfrazados de Elvis Presley en los años cincuenta, vestidos como él, gesticulando como él, escupiéndolo como él, con los gestos de lascivia al ralentí, una parodia que arrebató hasta el éxtasis y que requiere cada noche un despliegue policial de Universidad española. Los policías están nerviosos, nos empujan con las porras para que no nos situemos a su altura, quieren dominar el océano de las cabezas agitadas, de vez en cuando abofeteadas o duchadas por haces de luz de focos móviles y las expectoraciones de los cantantes.

Hay lugares fronterizos, donde el San Francisco adulto y el «hippy» juvenil se unen para hacer negocio. Por ejemplo en The Cannery, grandes almacenes del barrio de pescadores, ahora remozados por la estética «pop» y convertidos en centro comercial, donde podrán ingerir un «goulash» excelente, comprarse una chuchería maya casi auténtica o un par de zapatos italianos recién traídos de Milán. La estética es juvenil-«hippy», totalmente. El dinero que allí se gasta y se gana, probablemente no. Salvo las monedas que van cayendo sobre el papel de periódico de cantantes ocasionales, generalmente muy buenos, que parecen fugitivos de Taking off que hayan ido a The Cannery para hacerse con unas perras.

También el «otro San Francisco», la espalda o el culo del imperio, aparece de pronto frente al restaurante Alioto del mafioso alcalde de la ciudad, vendiendo publicaciones como *People's Yellow* o *Barb*, editadas por los estudiantes de Berkeley y en las que la hipocresía comunicativa ha desaparecido. En estas publicaciones, usted se enterará sin tapujos de dónde puede abortar o de que próximamente Nuria Espert presentará «Yerma» en la Universidad. Y las fotos del «macho» y la «hembra» de la obra de los dos García (García Lorca y Víctor García) están a pleno destape, dando una imagen sorprendente del país de origen.

Por lo demás, de vez en cuando, América enseña su rostro a través de un hombre maduro vestido con un traje a cuadros príncipe de Gales, de color verde claro, con la camisa azulina y los zapatos amarillos. O en el restaurante escandinavo de la terraza del Fairmont Hotel, donde las camareras aparecen disfrazadas co-

mo la reina de «Alicia en el país de las maravillas», y uno no sabe si conceder los ojos al fabuloso espectáculo de la ciudad contemplada desde sus máximas alturas o al espectáculo de las camareras con coronita dorada y falda muy larga por detrás, y por delante casi a la altura de las ingles.

Es este mundo de ostentación, confort, opulencia, prepotente el que de pronto aflora restaurando los desconchados que los «hippies» y los radicales han ido dejando, como huellas tenaces que nos hablan de una América latente bajo la otra o de un mundo en gran parte condicionado al subdesarrollo para que América sea como es. Porque, a pesar de los gustos y aficiones del gobernador Reagan, en California siguen operando las reglas de una sociedad permisiva, y esta permisividad va de lo anecdótico importante a lo anecdótico menos importante. Por ejemplo, pudimos asistir a la representación de Tía Mame, totalmente interpretada por travestis en el California Hall. En la puerta del teatro donde la falsa tía Mame triunfaba cada noche, un recio policía regulaba el tránsito de mirones y espectadores con una cierta melancolía permisiva. Un miembro de nuestra expedición le preguntó algo en inglés, pero el policía nos había oído hablar entre nosotros y nos contestó en castellano. El policía «chicano» comentó:

—Ustedes se van. Claro. No les gusta. Es lógico. ¿Saben lo que son estos señores, no? ¡Qué penal! ¡No les gustan las señoras!

No. Nos fuimos.

La guerra que casi nunca existió

Nuestra estancia en California coincidió con las últimas escaramuzas de la guerra abierta entre Estados Unidos y Vietnam. Concluidas las elecciones, todavía en muchas casas del barrio liberal e intelectual de Sausalito podían verse las leyendas: Aquí vive una

familia partidaria de McGovern. Faltaban semanas para que Nixon enloqueciera e hiciera pagar a Hanoi un duro precio por el acorralamiento electoral de la primavera anterior. La guerra no había concluido, pero en ninguna parte encontramos huellas importantes de que el país fuera consciente de que estaba en guerra. Apenas inscripciones en las paradas. Probablemente las había a aquellas horas mucho más numerosas y constantes en los muros universitarios de Estocolmo, París, Barcelona o Madrid. En pleno Berkeley, un sólo «graffiti» ostensible: Basta de bombardeos, y en el barrio chino de San Francisco, una inscripción: Yanquis, marchaos de Asia. Por lo demás, gentes ausentes de su propio conflicto y la casta liberal o radical cansada por el fracaso electoral y por el tenaz muro que va devolviendo una y otra vez las pelotas peor intencionadas.

Nixon había creado la sensación de que la guerra era cosa de días, los chicos estaban a punto de volver de la amarga travesura. ¿Qué le importaba a la América adulta el genocidio cotidiano? Heroicamente, las minorías radicales habían tratado de concienciar al país durante diez años sobre su ser-en-el-mundo. Uno de cada veinte mil norteamericanos sabe qué significa imperialismo y qué significa la situación de USA en el mundo. Al cabo de diez años, una minoría lo sabe, y no siempre para rebelarse, sino las más veces para justificar la propia actuación.

Bob Dylan había grabado en un «long-play» de 1963:

*Gentes: dondequiera que estéis,
reunidos aquí,
y admitid que las aguas han
[crecido
y que pronto estaréis
calados hasta los huesos.
Si queréis salvar vuestra época,
disponeros a nadar,
u os hundiréis como piedras,
porque los tiempos están
[cambiando.*

Era el despertar de la contestación norteamericana, con el «folk song» como lenguaje mismo de la protesta y de búsqueda de las raíces de una, posiblemente, pérdida ingenuidad democrática. Cinco años después, un Bob Dylan, de apenas veintiocho años de edad, declararía en una entrevista publicada por la revista de los Rolling Stones:

—¡Oh!, a decir verdad, no tengo ninguna esperanza para el futuro, sólo espero tener suficientes botas para poder cambiármelas. Eso es todo, de verdad, sólo eso; si fuera de otro modo se lo diría, de verdad.

Dylan salió de su personal crisis de escepticismo, y en noviembre de 1971 volvería a entrar en combate con su canción-homenaje a la memoria de George Jackson.

*El no aceptó mierda de nadie;
el no se plegó ni arrodilló,
las autoridades le odiaron
porque fue demasiado real.*

.....
*Algunas veces pienso que todo
[el mundo
es un patio de una gran prisión:
algunos de nosotros somos
[prisioneros
y otros somos guardianes.*

El cansancio actual de las minorías lúcidas está más que justificado. La democracia puede ser un concepto abstracto, pero la represión ha tenido en Estados Unidos el concreto lenguaje de las descargas. En el país por excelencia del «habeas corpus», los ángeles negros de la represión conocen su debilidad ante la ley y practican la táctica del exterminio consumado. La revuelta estudiantil fue detenida en la Universidad de Kent con tres cuerpos de estudiantes muertos por los balazos de la Policía. La Convención de Chicago terminó en una brutal orgía de asfixia y golpes. Muchas Universidades norteamericanas se inscriben en el rosario de sangre del estudiante caído víctima de su soberbia alada hasta el punto de que le alcance un disparo lanzado al aire. Los «black panthers» han padecido una cacería sistemática y legalizada por la legítima defensa, siempre esgrimida por la Policía.

Por otra parte, prosperan ya todo tipo de fórmulas de «represión estructural». De la noche a la mañana se han suprimido fondos para becas, pago de profesores y actividades diversas en relación con las artes, las letras y las ciencias sociales. De estos campos surgen los profesionales de la crítica y el poder se defiende, recordando el presupuesto que hace posible su formación. Me dicen que un 20 por 100 del profesorado norteamericano de estas materias

12% PODEROSO

RADUX

PARA SUS AHORROS:

12% CON LIQUIDEZ INMEDIATA.

Usted tiene su dinero cuando lo necesita.

12% CON RECOMPRA GARANTIZADA POR CONTRATO.

Al terminar los 10 años de inversión.

12% CON EL AVAL DE LA LEY.

La ley 57/68 garantiza que el edificio donde invierte está en construcción y será terminado.

12% Y USTED ES COOPROPIETARIO.

En el edificio Bruselas, en La Manga del Mar Menor.

12% SIN GASTOS DE EMISION.

INVIERTA SUS AHORROS EN PARTICIPACIONES DE EUROVOSA

Inversión sana y segura.

**ER EUROVOSA
RENTA, S.A.**

SERRANO, 23 - TEL. 226 37 30 - MADRID-1

Representantes en: Suiza, Succia, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Benelux, Hong-Kong, Arabia Saudita, Kuwait, Bahrein, Estados Unidos y Canadá.

Para su comodidad, solicite información al 226 37 30, Madrid.

**Si quiere un 12% poderoso y seguro
recorte y envíe este cupón.**

EUROVOSA - Serrano, 23 - Madrid-1

Nombre _____
Direcc. _____
Prov. _____
Profesión _____
Loc. _____
Tel. _____

TRI-31-3-73



LOS IMPERIOS TAMBIEN TIENEN ESPALDA

va a quedar sin empleo en el próximo curso. Los departamentos de las Facultades se han convertido en oficinas de improvisados profesores-mecanógrafos que pasan horas y horas escribiendo a otras Universidades en demanda de empleo y sueldo.

En cambio se han incrementado los presupuestos para fomentar el estudio de las materias útiles para cualquier economía de guerra en el siglo XXI: desde la investigación aeroespacial hasta la bioquímica pasando por la balística. Eso sí. Las tiendas estaban llenas de «posters» de Nixon en sus cueros, de McGovern en sus cueros, «Posters» de «women lib», haciendo pis en un retrete para hombres, o de ancianas que parecían recién desmontadas de una carreta de pioneros y que se volvían al espectador para hacerle un corte de mangas.

Una de las más divulgadas zonas de San Francisco es la que se concentra en torno a Columbus Avenue, con sus bares y tabernas de nombre italiano popularizadas por los miembros de la «beat generation», partidarios del café espresso frente al café por infusión, largo y ahierbado característico del país. En estos bares plantaron sus posaderas Kerouac y Nelson Algren, y los ponen Ferlinghetti o Ginsberg de vez en cuando. Precisamente, junto al Vesuvio está la bonita librería de Ferlinghetti, con el olor a libro lento y a la hierba que ha fumado el ochenta por ciento de su clientela. El Vesuvio es un bar con decoración «pop», de luces tenues y colores rescatados de los desguaces de barcos hundidos. Sobre una pantalla se proyectan fotos fijas de la «belle époque» y su clientela va del provinciano que está algo enterado de la estela cultural del lugar hasta el turista de vuelo charter, como un servidor, que echa peste a literatura y a «ghetto» intelectual europeo.

Pero, a pesar de todo, no hay en el Vesuvio restos del dramatismo que, sin duda, conlleva su historia. A pesar de la muerte de Kerouac, del descarnado testimonio de Ginsberg, de la locura artesanal de Ferlinghetti, el Vesuvio parece como un decorado de Hollywood preparado para que David Lean ruede la vida de la «beat generation» interpretada por Kirk Douglas, Anthony Perkins y Paul Newman, con el acompañamiento de Raquel Welch en el papel de Simone de Beauvoir, que estuvo aquí, como casi todo el mundo, de paso.

Un entierro en vida

En Europa se va fraguando la conciencia de que el imperialismo

norteamericano está visto para sentencia. Hace unos meses, Editorial Anagrama publicó la traducción al castellano de un interesante debate entre Ernest Mandel y Martin Nicolaus sobre la cuestión del imperialismo. Mandel juzgaba la evolución de los USA con una perspectiva «europea» y «teórico-marxista». Nicolaus le respondía desde una misma posición teórica, pero, como norteamericano, con la ciencia del olfato histórico nutrida por los aires del lugar.

El profesor belga ve por doquier factores de descomposición del sistema americano. La explosión universitaria, por ejemplo, creará, según Mandel, «... la misma conciencia de la alienación que es hoy común en Europa Occidental». El profesor se arriesga

mente extendida en los círculos radicales de estudiantes».

A poco que se haya hablado con estudiantes y profesores de USA, uno comprende que Mandel le puso en bandeja a Nicolaus una refutación en toda regla. La toma de conciencia socialista es, hoy por hoy, minoritaria en los USA, e incluso en el campo de la cultura, el profesorado declaradamente marxista es una excepción que los patronatos de Universidades van clasificando como curiosidades casi antropológicas. En algunos casos, las Universidades les mantienen el sueldo e impiden por todos los medios que den clases. El mal existe, y es una curiosidad que a veces merece subvención. Pero, ¿por qué extenderlo?

La protesta estudiantil USA no ha sido ni es una protesta cons-

brá la posibilidad de una revolución socialista en los USA. Nicolaus niega que el grado de desarrollo de las contradicciones internas del sistema americano sea el suficiente como para fijar la utopía mandeliana: «La experiencia y literatura acumuladas durante estos últimos años acerca de la radicalización de los negros, los estudiantes, los técnicos, los empleados del Estado y la clase obrera industrial es considerable...». «Mandel ha dado casi ingenuamente —en el buen sentido— con una verdad importante, que estas cinco fuerzas son —o deberían ser— parte de un movimiento único...». «No obstante, cualquiera que haya tenido la experiencia de ponerse en contacto con radicales de un sector diferente, por ejemplo, un estudiante que trata de hablar a obreros, o un técnico intentando hablar a revolucionarios negros, sabe que presentar estas fuerzas como un conjunto, haciendo una lista de ellas en un artículo, y establecer realmente contacto, aunque sólo sea al nivel de conversaciones, son cosas distintas. Incluso un paso aparentemente tan sencillo como el de identificar a un enemigo común puede resultar difícil».

El combate entre Nicolaus y Mandel llega a su máxima brillantez teórica cuando el joven profesor norteamericano ataca la presión mandeliana de que la expansión industrial de la Europa Unida y de Japón minará la estabilidad de la economía norteamericana. «Según Mandel, estas dos potencias han avanzado de una posición, después de la guerra, de dependencia casi completa de los USA a una situación de casi igualdad con los USA en la esfera comercial. El crecimiento en escala y producción de la industria europea y japonesa, junto a los salarios relativamente bajos de que disfrutaban, permite que sus exportaciones compitan favorablemente con los USA en el mercado mundial, e incluso da lugar a un grado creciente de penetración en el mercado doméstico norteamericano».

Esa competencia, según Mandel, provocará una «enorme crisis estructural» en la industria de los USA. «Es de suponer que esta "gran crisis estructural" ofrecerá un ímpetu de gran magnitud a la "desnaturalización" de los sindicatos a favor de la revolución». Nicolaus opone a esta conclusión mandeliana datos, informes, a veces simple lógica, que demuestran que los Estados Unidos están en condiciones de regular su propia competencia a nivel de mercado mundial: 1.º, por el predominio del capital de la Banca norteamericana; 2.º, por la función de las inversiones directas de USA en



Esta portada de catálogo propagandístico de Las Vegas no muestra ninguna exageración. Buena parte de las damas visitantes de la vida nocturna de Las Vegas visten como Peggy Lee. Es la imagen propia mejor que les devuelve el espejo trucado de la madrastra de Blancanieves y los siete enanitos.

mucho: «La primera acción política de los estudiantes americanos fue antiimperialista. Pero la lógica antiimperialista ha llevado al movimiento estudiantil a comprender, al menos en parte, la necesidad de la lucha anticapitalista y a desarrollar una conciencia socialista que está hoy amplia-

truida sobre la concepción socialista de la dinámica histórica. Nicolaus se despacha a gusto con las precipitaciones de Mandel, y después de decirle que «los mensajes de la revolución siempre serán bien recibidos», pasa a desmontar la esperanza mandeliana de que en diez o veinte años ha-

LOS IMPERIOS TAMBIEN TIENEN ESPALDA

Europa, Japón y el tercer mundo; 3.", por la función del aparato militar de los Estados Unidos.

Nicolaus concibe el capitalismo como un sistema mundial y ve, precisamente en esa característica, el punto de partida para cualquier acción de minado. Un proceso revolucionario pasaría, según él, por la integración de capitales, la imposibilidad de una mayor expansión capitalista frente al avance del bloque socialista y la lucha anticolonial del tercer mundo, un consiguiente desarrollo de una crisis general de superproducción, la concentración y centralización de capital a escala internacional, imposición de las condiciones coloniales a la metrópoli USA con el consiguiente resurgimiento de la contradicción entre capital y trabajo en el seno de la metrópoli.

Es decir, Nicolaus acusa a Mandel de hacer su análisis en las contradicciones nacionales de los Estados Unidos y no en las contradicciones del sistema mundial. Una acusación tan brillante como exagerada, porque, en cualquier caso, Mandel no había hecho otra cosa que sobrestimar el impacto y diléctica propia de las contradicciones internas de los USA, sin negar nunca que estuvieran en parte condicionadas por las contradicciones del sistema mundial.

El debate es sólo la espuma de una larga y ancha especulación mundial sobre si asistimos al principio del fin del imperialismo americano. En mayo de 1972, casi todo un ejemplar de *Le Monde Diplomatique* se destinó al análisis del fin de la hegemonía mundial americana, sobre la base de un esquema interpretativo muy próximo al de Mandel. «Cuando el pobre se enriquece, la prosperidad del rico parece extinguida. Algo de esto le ocurre hoy a los Estados Unidos, que ven afirmarse a su alrededor nuevos bloques industriales, mientras aumenta poco a poco el crecimiento de determinadas zonas del tercer mundo». Cómo no, el editorial de *Le Monde Diplomatique* menciona la espada de Damocles del «grado cero del desarrollo» como colapso final de un sistema capitalista mundial construido bajo el patrón USA e indirectamente, pero con una intención hemerográfica que descifraría un aprendizaje en análisis de contenidos, la prestigiada publicación francesa habla a continuación del futuro de una Europa unida entre el Atlántico y el Ural. Una opción. La gran opción síntesis para impedir la catástrofe profetizada por el informe del MIT.

Un país hermoso, rico y casi confiado

La autopista que une San Francisco con Los Angeles ensarta las

cuentas de un rosario de nombres hispánicos: Santa Cruz, Misión Carmelo, San Luis Obispo, Santa Bárbara, Ventura, Santa Mónica. Nos paramos en la playa de la Misión Carmelo, y nos es difícil despegarnos de aquella geografía, porque siempre es difícil prescindir de la sospecha de que has llegado al paraíso. Vegetación de frío y calor, olas de «surf», mar de pleamares infinitas, arenas blancas y limpias protegidas con amenazas de multas de hasta 35.000 pesetas. Un clima de mundo que ha conseguido detener el ciclo del Sol y las estaciones. Esa arquitectura californiana síntesis de lo colonial y lo funcional, la placidez de las gentes que habitan el Estado más rico de los USA, su reserva agrícola, uno de sus más importantes pozos petrolíferos, un polo industrial sólo comparable al de Texas. Todas estas emociones geográficas, psicológicas y económicas nos acompañan a lo largo de un trayecto achicador. Hasta los kilómetros son más largos en este país y se llaman caprichosamente: millas.

El pueblo chicano está presente por doquier en los oficios menos gratos. Por ejemplo en las gasolineras. El paquebote rodante en el que viajamos siete barceloneses se para en una de ellas y baja Guillermo Luis Díaz-Plaja con sus hechuras y maneras de caballero de la mano en el pecho. Dialoga con una pareja de muchachos chicanos que atienden la gasolinera. Visto desde el coche, el cuadro parece una fantástica imagen obtenida en el túnel del tiempo. Hernán Cortés conversa con los enviados de Moctezuma. De regreso al coche, le preguntamos por tan larga conversación.

—Me preguntaban que dónde está España y si es más grande que México.

Al llegar a Los Angeles, nos aguarda un pulpo urbano de cien kilómetros de largo, lleno de autopistas, en el que es posible perderse para siempre a bordo de un paquebote rodante. Por la calle principal de Hollywood, un sólo transeúnte, y más que transeúnte es un corredor de fondo, que practica atletismo sobre las aceras desiertas a la una de la madrugada. Le para un coche patrulla, y el corredor de fondo les explica las excelencias del ejercicio a aquellas horas de la noche. Al día siguiente daríamos la vuelta de rigor por Beverly Hills, Bel Air, el impresionante barrio comercial de Hollywood, donde abren sus puertas las sucursales de las principales tiendas del mundo. Pero un recorrido por el resto de esta ciudad inhumana nos invita a la huida, frente al encanto acogedor, al ligue inexplicable de San Francisco.

Soledad en las aceras y en los parques. Las autopistas, a presión. La ruta mitológica del cine ya ha tenido sus frecuentes reporteros. Quizá les interese más saber que de Los Angeles, aunque parezca increíble, se puede salir precisamente a través del desierto y llegar a Las Vegas. O que en el centro del desierto, en la entrada del Valle de la Muerte hay un gigantesco establecimiento de comidas con aire acondicionado y el inevitable New York Steak con ensalada y salsa francesa, servido con eficacia y en condiciones de co-

mestibilidad del Luciano de Bilbao. Esta gente lo hace todo en cantidad, bien y rápido. Incluso el paisaje. En esa ostra geológica cárdena y blanca que es el Valle de la Muerte está la perla de Zabriski Point, donde Antonioni quiso escenificar sus penúltimas perplejidades ante un mundo insuficientemente explicable.

Es de noche casi cuando llegados ante el manso oleaje blanco de las colinas de borax de Zabriski Point. Los blancos amalvados por un crepúsculo cruel. Lejanías de fin del mundo. Y luego, la ruta



CALIFORNIA
HALL

CITY PLAYERS

(a theatrical experience)



A un lado, el actor Faye, un famoso travesti en el papel de Tía Mame. Al otro, Ann Margret, en los programas de anuncio de su reaparición en Las Vegas, después de un reciente accidente que requirió la cirugía estética. Dos aspectos de la espalda sarcástica, crítica o falseada de un imperio que da la cara con enviados especiales: sean técnicos comerciales, marines o Mr. Harry Kissinger.

definitiva hacia Las Vegas, donde América ha escenificado la imagen de sí misma, lejos de la dureza antihumana de ciudades como Nueva York o Los Angeles, lejos de la estética y la historia sub de San Francisco, lejos de su paisaje salvaje, lejos de las chimeneas de Detroit y de las costas de Nueva Inglaterra, donde vuela el martin pescador de los poemas de Eliot.

Allí, de pronto, como hijas del desierto, surgen las construcciones de Las Vegas, la melaza luminosa de sus rótulos. Allí nos espera la mayor concentración mundial de kilómetros cuadrados de tapetes de juegos, Ann Margret, recientemente redimida por la cirugía estética; increíbles damas ricas y menos ricas, jóvenes y menos jóvenes, vestidas de pollitas en la creencia de que vestían de mariposas. Y el hacendado de Boston, que ha fletado un avión para jugarse al bacarrá el presupuesto anual de Andorra. Y el joven marino, que al amanecer retirará con una muñeca paralítica los dos dólares que le quedan de los ahorros de diez años de servicio. En Vietnam. ¿Por qué no en Vietnam? Y Elvis Presley, invitado de

honor a cuantos «shows» asistimos; siempre disfrazado de Elvis Presley, como si fuera uno de sus propios imitadores, como los que habíamos visto en el Winterland de San Francisco, imitando incluso sus expectoraciones.

¿Verdad que ya saben casi todo lo que se puede saber sobre Las Vegas? Prefiero contarles que al aterrizar en Barajas nos pareció a casi todos que el asfalto del aeropuerto era de calidad muy inferior al asfalto americano. Estaba más remendado. Había más policía «per cápita». Más maleteros y más tardanza en la devolución de la maleta. Lamentablemente, teníamos sueño y ni siquiera lucía ese Sol de España que lo arregla casi todo. Y si el viaje había empezado casi con un «¡Arriba España!» con acento americano, terminó con un «¡Viva España!» interpretado por una extraña pasajera, al parecer sin sueño y sin criterios valorativos sobre asfaltos. Un «¡Viva España!» interpretado sin acompañamiento y que aun ahora no sé si era un: ¡pero se mueve! o un intento de borrón y cuenta nueva. O tal vez se tratara simplemente de salvar la imagen que tenía de sí misma. ■ M. V. M.

